



SOBRE EL GÉNERO NOVELESCO

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

HEMOS estado leyendo novelas rusas. Dolorosas, naturalmente. Y de una expresión de realidad íntima—no digamos realismo—que llega á hacer daño. Hace el daño de una percepción cualquiera sensible, demasiado intensa: el de un relámpago deslumbrador; el de chillido desgarrador; el de un picante que nos quema la lengua; el de un olor que llega á cortar el respiro. La ficción novelesca nos hace que al volver luego nuestra mente á la realidad cotidiana y consuetudinaria que nos rodea y envuelve, nos parezca esta realidad cotidiana y consuetudinaria pálida ficción y más bien sueño. Junto á la pesadilla de las novelas rusas, de cuya lectura sale uno extenuado, el sueño de nuestra vida cotidiana y consuetudinaria queda reducido á sombra de un sueño.

Decía el Tasso en su *Gerusalemme liberata* (estrofa 63 del canto XIX), reanudando, con mucha menor energía, expresiones del Dante en su *Purgatorio* (XI, 100), que la fama no es más que «un eco, un sueño, y hasta una sombra del sueño».

à un eco, un sogno, anzi del sogno un'ombra.

Pongamos en vez de fama la historia, y seguirá siendo verdad para el mundo nebuloso, de creación preceptiva, del Tasso. La cruzada fantástica que cantaba el Tasso, siguiendo las reglas de los grandes clásicos de la épica, de Homero, de Virgilio, y hasta de Estacio y de Lucano—de quienes imita y aun remeda pasajes—, es, de ordinario, sombra de un sueño. El sueño, alado, leve, primaveral, es el de Ariosto.

Al Tasso, que era un literato, ó mejor un letrado, un poeta culto—y su cultura perjudicó á las veces á su poesía—, ¿no le inspiró acaso eso de llamar á la fama «sombra del sueño», la enérgica expresión pindárica aquella de «sueño de una sombra el hombre»? (Pythia, VIII, 136). Porque ¿cuántas expresiones en literatura, y aun en poesía, no se deben á procedimientos de inversión de términos ó de antítesis; á verdaderos retruécanos de concepto, no de palabra!

El hombre era, pues, para Píndaro sueño de una sombra, y la historia—que no otra cosa es la fama—era para el Tasso sombra del sueño. Sombra del sueño de la sombra, diríamos alambicando conceptísticamente la expresión.

Pero esa sombra del sueño adquiere á las veces la nitidez enérgica, el cortante, la casi tangibilidad de las sombras de una noche clara de luna llena en las cumbres de la montaña. Sombras son que se tocan con los ojos. Y la historia se hace como corpórea—*somatoide*—, según la enérgica expresión de Polibio. Y así en las novelas rusas. La ficción novelesca se hace en ellas corpórea, *somatoide*, y toma cuerpo, carne, para sufrir.

Todo en ellas se hace carne, y carne de dolor; hasta las ideas. A las veces se le ve á un concepto, en otras partes teórico, retorcerse de dolor. Se sienten los retortijones de las entrañas de una doctrina, de una teoría.

Y en estas ficciones—ficción equivale á *heñidura*—se le siente al narrador, al que finge ó

hiñe el relato, al poeta, perdido en su narración. O más bien no se le siente. En pura pasión alcanza aquella impersonalidad que en vano buscaron otros por vía de impassibilidad. Allí donde todo es persona, donde hasta las ideas se hacen personas, la personalidad del creador vive en la de sus criaturas.

Mientras leíamos novelas rusas, nos pusimos á releer *Sotileza*, de nuestro D. José M. de Pereda, el relato acaso más corpóreo que creó el literato montañés. Y decimos literato y no poeta, no porque no fuera poeta, sino porque el literato ahogó en él con sobrada frecuencia al poeta. La preceptiva, la metodología, aparece de vez en cuando á flor de narración. Al terminar el capítulo III («Dónde había caído la huérfana de Mules»), escribe: «Y como es preciso hablar algo de esta nueva familia que aparece aquí, y el presente capítulo tiene ya toda la extensión que necesita, quédese para el siguiente, en el cual se tratará de este asunto... y de otros más, si fuere necesario.» Se comprende una cosa así en Dostoyousqui? Porque eso es como decirnos: «eh, señores, que estoy escribiendo una novela, y no vayan ustedes á tomar esto como cosa real». Y tal vez nos recuerde lo de «Un soneto me manda hacer violante...»

Otra vez interrumpe Pereda su relato para hacer una observación lingüística, ó ya introduce una cita del *Quijote*, copiando aquello del campo de Agramante, de que «allí se pelea por la espada, aquí por el jaez, acellá por el águila, acá por el yelmo, y todos pelean y todos no se entienden». Y así cuando nuestro corazón, no ya nuestro magín, quiere correr por el campo encantado de la ficción, á la sombra del sueño, siente de pronto en sus alados pies—porque el corazón tiene pies, y pies con alas, como Mercurio, y de alas que cantan, como las de las chicharras—, siente en sus alados pies el peso de un brete; del brete preceptivo literario. Y ese brete ó grillo es una regla; una regla del género. Del género novelesco.

¡El género novelesco! Eso de género huele aquí á cosa de mercadería; es expresión de tenderos. Y huele, no sabe ni suena. Eso del género novelesco huele á papel y á tinta de imprenta. Es cosa que jamás fué dicha, sino que siempre fué escrita.

En Rusia, la novela no es de género, y no es literatura. Ni es ficción. Es creación, es cosa corpórea. Y es historia; historia hecha y no sólo narrada. Y como historia hecha, es profecía. Dostoyousqui, el antirrevolucionario, es el profeta de la actual revolución rusa; es el padre de Lenin. Lenin ha salido de las novelas de Dostoyousqui, y tiene toda la realidad íntima de los agonistas de esas novelas. Ese sueño de una sombra, que es Lenin, pesa como una pesadilla. Tiene la misma realidad que Hamlet, y Don Quijote, y Fausto, y Carlos Moor. Y no tienen realidad los ciudadanos registrados en el registro civil y que entran, como números, en las estadísticas demográficas municipales.

Miguel de Unamuno

